

REFLEXIONES PARA EL TERCER DOMINGO DE PASCUA ~ 01 MAYO 2022

El Monte ~ La Residencia de Littledale

Esta mañana comienzo nuestra reflexión sobre la Palabra de Dios con extractos de un poema, El milagro de la mañana, de Amanda Gorman, la poeta y activista estadounidense de veinticuatro años, la primera Poeta Nacional Juvenil Laureada en los Estados Unidos:



Amanda Gorman

Image: Shawn Miller

Pensé que me despertaría en un mundo de luto.
Nubes pesadas que se agolpan, una sociedad que se asusta.
Pero hay algo diferente en esta mañana dorada.
Algo mágico en la luz del sol, amplia y cálida.

Veo a un padre con un cochecito haciendo footing.
Al otro lado de la calle,
una niña de ojos brillantes persigue a su perro.
Una abuela, en el porche, se dedica a tocar sus rosarios.
Sonríe mientras su joven vecina le lleva la compra.

Así que en esta mañana tan significativa,
lloramos y reparamos.
Como la luz, no podemos romperla,
incluso cuando nos doblamos.

No nos encendemos en la luz, sino en la falta de ella,
porque es en la pérdida donde aprendemos a amar de verdad.

En este caos, descubriremos la claridad.
En el sufrimiento, encontraremos la solidaridad.

Observaremos cómo las cargas que afronta la humanidad
son también los momentos que nos hacen humanos amables;
Que cada amanecer nos encuentre valientes, acercados;
Atendiendo a la luz antes de que la lucha termine.
Cuando esto termine, sonreiremos dulcemente, viendo por fin
Que en tiempos de prueba, nos convertimos en el mejor de los seres.

Este poema se hace eco del verso de nuestro Salmo 30 de hoy: "El llanto puede durar toda la noche, pero la alegría llega con la mañana" (Sal 30,5). También resuena con el corazón de la historia de la resurrección del Evangelio de Juan en la Liturgia de la Palabra de hoy. Dos veces se ha aparecido Jesús a los discípulos después de su resurrección, pero ellos siguen sin entender; no parecen ver realmente quién es ahora Jesús el Cristo y lo que su resurrección de entre los muertos significa para ellos y para sus vidas. Así que hacen lo más normal: vuelven a pescar. Pescan toda la noche, pero no cogen nada. Al amanecer, un desconocido les dice que echen la red al otro lado de la barca. Lo hacen y pescan 153 peces, y a pesar de la gran captura, la red no se rompe.



¿Por qué el escritor de la historia nos da un detalle tan específico: 153 peces y la red no se rompe? Piensa en un recuerdo que tengas de una experiencia preciosa de hace muchos años, un recuerdo que se aferra a cada detalle. El recuerdo de esta mañana debió de quedar incrustado en el corazón y la mente de los discípulos. **Pescadores, John August Swanson** dice el joven poeta: "Pero hay algo diferente en esta mañana, amanecer algo magico en la luz del sol, amplia y cálida".



Estos dos detalles encierran también un rico simbolismo. La abundancia de peces es abrumadora, como lo es el abundante amor de un Dios que ama tanto que creó el universo, que ama tanto que el Hijo único se hizo uno de nosotros y sufrió y murió para que tuviéramos vida. La red que no se rompe es un signo de su nueva unidad, haciendo eco de nuevo de las palabras del poema: "Que cada amanecer nos encuentre valientes, acercados". A partir de ahora, los discípulos crecerán en el sentido de una comunidad y, poco a poco, en el sentido de

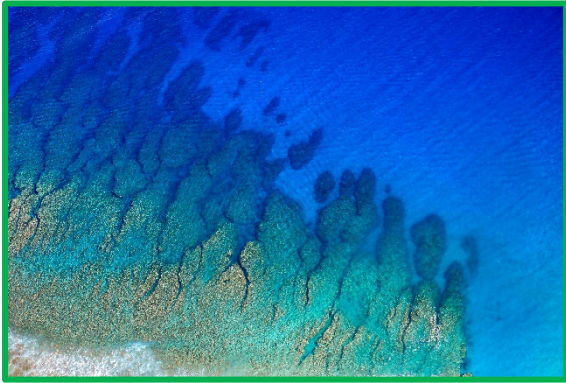
una comunión de toda la creación.

Su último recuerdo de Jesús antes de su muerte fue en una comida en la que les lavó los pies. Ahora tienen este nuevo recuerdo de Jesús preparando pan y pescado para su desayuno: ¡la Última Cena y el Primer Desayuno! Y las palabras resuenan: "Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, e hizo lo mismo con el pescado" (Jn 21,13).

Hay un segundo eco al continuar el relato. La noche del arresto de Jesús, Simón Pedro le sigue hasta el patio, donde le preguntan tres veces: "¿No eres tú también uno de los discípulos de este hombre, verdad?" (Jn 18,17, 25, 26). Él responde cada vez: "No lo soy" (Jn 18, 17, 25, 27), negando su relación con su amigo y su líder. Ahora, en esta mañana, Jesús le hace otra pregunta a Simón Pedro tres veces: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" (Jn 21,15-17). Cada vez Simón Pedro responde: "Sí, Señor; tú sabes que te quiero - Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero" (Jn 21). Jesús responde: "Apacienta mis corderos. Atiende a mis ovejas. Apacienta mis ovejas" (Jn 21).



Se ha dicho que las palabras más preciosas que alguien quiere oír son "Te amo" y "Te perdono". Simón Pedro escucha ambos mensajes de Jesús en esta mañana y es transformado por un amor abundante que perdona. El pasaje termina con las palabras de Jesús: "Sígueme". Cuando nos encontramos con Pedro en los Hechos de los Apóstoles, este hombre transformado que ahora sigue fielmente a Jesús el Cristo es valiente y audaz en su liderazgo de la comunidad incipiente, diciendo a los gobernantes que les han ordenado que dejen de enseñar sobre Jesús: "Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que obedecen" (Hechos 5,32). El escritor



de los Hechos continúa diciendo: "Cuando salieron del consejo, se alegraron de que se les considerara dignos de sufrir la deshonra por causa del nombre" (Hechos 5,41). Pedro demuestra la verdad del último verso del poema de Amanda Gorman: "En tiempos de prueba, nos convertimos en el mejor de los seres". ¿Cuáles son los tiempos de prueba para mí, para ti, para nosotros hoy, que nos ayudarán a convertirnos en nuestro mejor yo, en el mejor de los seres?

La lectura del libro del Apocalipsis nos recuerda que la alegría de la Resurrección no sólo se refleja en la vida de los hombres, sino en todos los seres. El narrador de la lectura de hoy nos habla de las voces que se alzan en alabanza del Resucitado: "Entonces miré, y oí la voz de muchos ángeles que rodeaban el trono y los seres vivos y los ancianos; eran miríadas de miríadas y miles de miles" (Apoc 5,11). Por si no lo vimos la primera vez, el narrador repite el mensaje con palabras ligeramente diferentes: "Entonces oí a toda criatura en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y todo lo que hay en ellos, cantando: 'Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición y honor y gloria y poder por los siglos de los siglos'". (Apoc 5,13). Todos los seres creados alaban al Resucitado.

Al igual que para Simón Pedro y los discípulos, son las cosas ordinarias como pescar o compartir el desayuno en la playa o comer pan y pescado las que nos enseñan lo que significa la Resurrección de Jesús para tu vida y la mía. Abrámonos a lo ordinario en nuestras vidas. Veamos con los ojos de nuestro corazón cómo se nos invita, se nos confía que seamos Jesús el Cristo en nuestro mundo. El poeta Steve Garnaas-Holmes lo dice así:

El pan que compartimos no es sólo la Última Cena;
es también el Primer Desayuno.
También el Gran Almuerzo (para 5000).

El pan que partimos es el Resucitado,
mañana, tarde y noche,
despertándonos, fortaleciéndonos,
entregándose a nosotros.

En la playa podría haber dicho,
"Esto es mi cuerpo, resucitado en vosotros".
En Emaús podría haber dicho,
"Este es mi cuerpo, transformado en vosotros".
Entre los 5000,
"Esto es mi cuerpo, multiplicado entre vosotros".

Cristo rompe el ayuno de la presencia de Dios.
Todo lo que come es el desayuno.
Todo lo que bebes es Cristo.
Es un nuevo día.

